

¿POR QUÉ NO RESUCITAN EL RÍO MAGDALENA?

Antonio Costa Gómez¹

¿Por qué no resucitan el río Magdalena para la navegación, para que gentes alucinadas o enamoradas surquen Colombia de Sur a Norte? ¿O para que visitantes extranjeros se adentren por Colombia a través de todos sus paisajes increíbles hasta los más remotos confines? Como hizo Joseph Conrad por el río Congo en “El corazón de las tinieblas”, pero esta vez no para encontrar el horror sino la novela y la fascinación y la reminiscencia.

Se podría empezar en la desembocadura, en Barranquilla. Barranquilla fue la capital económica y cultural de Colombia mucho tiempo y allí surgieron tantas cosas. Allí se escribieron las primeras obras de García Márquez. Se puede visitar el restaurante La Cueva, donde se reunía Gabo con el pintor Obregón y otros amigos legendarios, y una vez apareció el pintor montado en un elefante, y allí Gabo escribió el cuento “El ahogado más hermoso del mundo”. Se puede ver el barrio de las putas donde vivió Gabo cuando empezaba en el periodismo, donde nos lleva la “Memoria de mis putas tristes”. Se puede visitar la casa de la poetisa MeiraDelmar, gran dama de origen libanés a la que Gabo visitaba a veces por sorpre-

sa y que decía sus versos: “En las estancias ruelas detenidas/ hilaban solo un nombre y otro nombre” . Se puede ver el Museo Romántico, donde una marioneta de una actriz parece que está viva, se encuentra la máquina con que Gabo escribió “Cien años de soledad”. Se puede ir en la desembocadura del Magdalena, junto a Puerto Colombia, a la casa de Eduardo Daconte, cuyo padre llevó el cine a Macondo, que visitó ochenta países, que fue monje en la India.

O se podría empezar donde nace el Magdalena haciendo profundos abismos al sur de Colombia, en san Agustín, donde hubo una cultura muy importante, tan importante como la de los incas o los aztecas, que floreció entre los siglos V y X, que fue destruida seguramente por los incas. Visitar las grandes figuras ciclópeas de aspecto misterioso no lejos de Popayán, la pareja ceñuda, el hombre melancólico con ojos alucinados, el tipo que se ríe con la nariz achaparrada. Se visitaría cerca de allí la Gran Fuente ceremonial de Lavapatatas, con sus lagartos de piedra, sus iguanas, sus sapos, se imaginaría qué purificaciones desconocidas se realizarían allí.

¹ Profesor de Literatura en enseñanza media (MADRID). **Publicaciones:** “Revelación”, “El delirio del fuego”, “El tamarindo”, “Las campanas”, “La reina secreta”, “La seda y la niebla”, “Las fuentes del delirio”, “La calma apasionada”, “Mateo, el maestro de Compostela”, “El fuego y el sueño”. **Aparece en antologías:** “Poesía española última”, “Elogio de la diferencia”, Datos personales: DNI 36960190H Dirección: Doctor Fourquet, 11, 1º. 4ª 28012 MADRID. Teléfono: 91 467 46 36. Correo Electrónico: antoniocostagomez@gmail.com.



En Neiva se visitaría el templo del siglo XVII, la estación de ferrocarril abandonada, el Palacio de Gobernación que se vino abajo por un terremoto. Se escucharía hablar del duende Mohán que asusta a las chicas, de la Patasola que defiende a los animales en los bosques, de la Candileja en forma de fuego que persigue a los borrachos.

Se vería donde el río se encuentra con la carretera general que va de Bogotá a la Costa, esa carretera que un autobús recorre en más de veinte horas y pasa por alturas de vértigo en los Andes, bordea precipicios sin fondo, cruza puentes donde uno se pierde. Se encontraría uno todavía con puertos importantes como La Dorada, el Corazón de Colombia, hija de la selva colombiana y el río Magdalena según dice la canción. O Puerto Nare, con su parque junto al río, su fuente luminosa, sus cañones entre las sierras, su iglesia azul en la noche.

Mucho después se llegaría a la antigua ciudad de Mompox, que fue un día más importante que Cartagena, que tenía un montón de iglesias y palacios. El río Magdalena era navegable, era la vía más importante de transporte en Colombia hasta el siglo XIX, y Mompox era el puerto principal. Los conquistadores, empezando por Rodrigo de Bastidas, y los que iban a buscar Eldorado, lo usaron para adentrarse en el más remoto interior. Por allí salía el café del Eje Cafetero para que lo tomaran los poe-

tas simbolistas en los locales de París. Luego llegó la competencia del tren, y el canal de Panamá, y las carreteras, y las guerras civiles, y el desvío del transporte por otro ramal del río, y se hundió Mompox pero eso hizo que se conservara intacta a través de los siglos. La iglesia de santa Bárbara su artesonado bellísimo, hay soportales y rejas por todas partes, la Casa de la Cultura tiene un patio espléndido, se ven claustros con palmeras.

Y el periplo terminaría junto a Barranquilla en Isla Salamanca, un montón de humedales llenos de pelícanos, águilas, garzas, nutrias, boas, caimanes. Y el viajero mágico se sentiría como los personajes de "El amor en los tiempos del cólera" de García Márquez, como los dos enamorados ansiosos que después de cincuenta años se hacen amantes, deciden no bajarse del barco para no bajarse de su sueño, quieren vagar para siempre por el río Magdalena. El agua tiene relación con los sueños y la pasión y la libertad. Pero estos tiempos son prácticos y ahora todo el mundo tiene demasiada prisa. Mi tía en Galicia me contaba que de niña se pasaba días enteros vagando en una barca en el río de mi pueblo, pero luego tuvo que saltar a tierra y nunca más volvió a navegar. Pero ahora que Colombia se recupera de mil guerras y convulsiones, que fascina de nuevo al mundo, ¿por qué no recuperar las fantasías del agua? ¿Por qué no resucitar el periplo del río Magdalena?